

Sr. Diógenes Váldez
Galardonado Premio Nacional de Literatura 2005

Palabras de agradecimiento

La Fundación Corripio, al galardonar a los escritores dominicanos por la obra de toda una vida, no ha hecho más que recuperar, en su más hermosa tradición, el reconocimiento a un espíritu creador, por medio de un lauro que concite el fervor de las mayorías. Bastaría recordar, que las grandes tragedias griegas de Esquilo y Sófocles, que todavía admira la humanidad desde hace más de dos mil años, fueron creadas con motivo de un certamen, en el que la Polis premiaba la obra más bella y aplaudida.

No puedo negar que desde el momento en que se me anunció el veredicto del jurado seleccionador, por mi mente pasó la más variada gama de sentimientos, pero decidí presentarme ante ustedes de la manera más humilde, con el alma limpia, como si compareciera ante el Juicio Final, deseando que todos los que están presentes en este indiscutible templo del arte, que es el Teatro Nacional, vean en mi al ser humano que siempre he sido, y no al escritor premiado con el más alto galardón que se concede en nuestro país.

En esta noche, verdaderamente importante para mí, hago presencia ante tan selecta concurrencia, con una rosa en la mano, blanca como la del poema de José Martí, porque su aroma tiene propiedades sedantes, ya que es una que florece solamente en los jardines del alma.

Con la sinceridad que siempre me ha caracterizado, en este momento supremo quiero decir, que no me considero vencedor de nada, ni de nadie, más bien soy un escritor que ha sido reconocido en base a la constancia y dedicación hacia el trabajo que realiza. Si alguna vez pude considerarme un vencedor, fue cuando se premiaron las figuras de Juan Bosch y Joaquín Balaguer, pero igual sentimiento de júbilo se apoderó de mí cuando se anunciaron los nombres de Manuel del Cabral, Pedro Mir, Virgilio Díaz Grullón, Antonio Fernández Spencer,

y Manuel Rueda, porque estaba consciente de que en aquellas otras ocasiones se le estaba haciendo justicia a un intelectual dominicano.

Premeditadamente he hecho un alto en esta enunciación de nombres emblemáticos dentro de la literatura dominicana, y porqué no, de la literatura internacional, porque algunos de ellos, como Juan Bosch, Manuel del Cabral y Manuel Rueda, lograron que sus obras pudieran trascender más allá de nuestras fronteras.

Se notará que ninguno de los escritores mencionados se encuentra entre nosotros. Todos ellos estuvieron alguna vez en este podio, con la excepción de Fernández Spencer, quien falleció, días previos a la recepción del alto galardón que la Fundación Corripio y el Estado Dominicano conceden a aquellos hombres que, contra viento y marea, se dedican a embellecer la vida por medio de la palabra escrita. La razón de esta interrupción es la siguiente:

En un texto que da título a mi próximo libro de cuentos, que tiene como tema la parusía el prometido regreso de Cristo el Maestro y sus discípulos han convenido que dicho encuentro se lleve a cabo aquí, en esta tierra que todos los que hemos nacido en ella, consideramos bendita. En determinado pasaje y refiriéndose en forma explícita a los poetas Franklin Mieses Burgos y Antonio Fernández Spencer, el Maestro le confiesa a Pedro, que existe un cielo exclusivo para los poetas.

Si me atreví a escribir esto es porque para mí, la poesía es la quintaesencia de la literatura. Aunque sé que los poetas mencionados no están materialmente aquí, yo siento que sus presencias etéreas deambulan alegres entre nosotros, felices porque se continúan celebrando eventos como el de esta noche, que no sólo enaltece a los artistas de la palabra escrita, sino a todo el pueblo dominicano, tan carente en estos tiempos, de ejemplos para la juventud. Si prestáramos un poco de más atención, podríamos oír sus voces agradecidas, y escuchar cuando dicen: “¡Gracias a la Fundación Corripio, y a todos aquellos que con su esfuerzo y dedicación han hecho posible que acontecimientos como el de esta noche, continúen siendo una hermosa fiesta para el espíritu!

Pero idéntica alegría sentí cuando los galardonados fueron Marcio Veloz Maggiolo, Carlos Esteban Deive, Mariano Lebrón Saviñón, Hilma Contreras, Lupo Hernández Rueda, Franklin Domínguez y Andrés L. Mateo, todos, afortunadamente, vivos. Espero que lo sean por muchos años más, para que sigan enriqueciendo el acervo bibliográfico nacional. Ahora estoy pensando, si no me será difícil aceptar un trato igualitario con todos estos colosos de la literatura contemporánea.

Pienso que todos los escritores, pero especialmente los poetas, debían materialmente vivir para siempre, porque la ausencia de cualquiera de ellos es, como aquella rosa a la que cantara nuestro inmenso Mises Burgos, que deja un hueco en el aire que no lo llena nadie. Tiene entonces razón el gran novelista tadchiko, Illya Chadchavadze, cuando dice, que, si bien los poetas se alimentan en la tierra, ellos fueron antes, concebidos en el cielo.

Aunque toda partida es siempre lamentable, cuando los poetas abandonan este valle de lágrimas, no han hecho más que retornar al lugar donde los concibieron. Hubo, sin embargo, dentro de nuestro parnaso, muchos otros grandes que no recibieron este galardón que se entrega en esta noche, siendo merecedores de él, porque la vida no les alcanzó para recibirlo: ahí están los nombres egregios de Freddy Gatón Arce, Máximo Avilés Blonda y Aída Cartagena Portalatín.

Para mí, lo mismo que para todos los escritores que me precedieron, ésta es una noche de vendimia. Yo sólo estoy recogiendo los frutos que he sembrado a lo largo de mi vida literaria. Puedo confesar sin rubor alguno, que este difícil oficio de ir diseminando literatura por los caminos de la patria, lo he realizado con humildad, sin estridencias, sólo atento a escalar la montaña que el destino eligió para mí, sin preocuparme que la de mi vecino sea más alta, porque, al fin y al cabo, nadie puede subir la montaña ajena.

Creo que es el momento de intercalar una petición en beneficio de la juventud, abriendo espacios en los periódicos, mediante la reaparición de los suplementos, para que puedan las nuevas generaciones que surgen, publicar sus creaciones, porque ellos serán en última instancia,

quienes, en el día de mañana, habrán de ocupar el lugar desde donde ahora les dirijo la palabra.

Quiero finalmente retomar aquella flor martiana que he mencionado con tanta insistencia, porque también es la flor del agradecimiento. Quiero ofrecerle una, especialmente, al señor José Luís Corripio, por ser el soporte fundamental de ese proyecto que concibió el desaparecido maestro Manuel Rueda, y por acogerlo con entusiasmo, convirtiéndolo en una realidad.

Otra flor para el jurado y para los miembros de la Fundación que dirige don Jacinto Gimbernard. Otra para alguien que ustedes posiblemente no conozcan, Manuel Mattei, porque fue él, quien estando lejos de la patria, se atrevió a prestarme un libro que me dejó contagiado para siempre con el virus de la literatura. Ese libro se llama, Chinchina busca el tiempo. No tengo que decir el nombre de su autor, porque todos ustedes saben, que es don Manuel del Cabral.

Otra flor para el Dr. Sócrates Barinas Coiscou, porque ya en el país, y en los momentos de flaqueza, me alentó para continuar poniendo a mi disposición su valiosa biblioteca. Y un ramo de esas mismas rosas blancas, ¿por qué no!, para todo este público aquí presente, que ha tenido la gentileza de acompañarme en una noche tan especial y memorable.

¡Muchas Gracias!